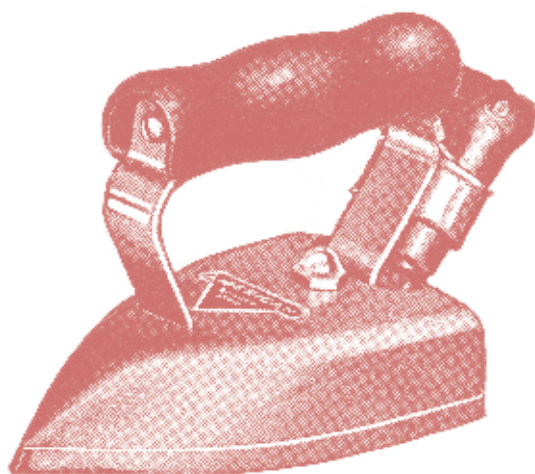


El problema de la plancha



Alejandra Soler

Lo confieso, mi conocimiento de ropa, confección, moda, hilos, lentejuelas y toda su progeñe, es tan limitado como mis habilidades con la plancha. Ni hablar del uso. Las máquinas de coser son los monstruos que me perseguían de niña, se escondían debajo de la cama y en el closet esperando a triturar mis dedos. Pero para no ir tan lejos, el solo uso adecuado de la ropa es tan ajeno a mí, como propio de los que se ganan la vida enseñándonos a usarla. Es parte cotidiana de mi vida ver a mi mamá corriendo detrás de mí para arreglarme las costuras de los hombros, “porque siempre te pones las cosas chuecas”, en sus propias palabras. Y en cuanto a planchas, pues si no puedo arreglar una costura en mi hombro menos en una mesa de planchar. No debo mentirles: así sea un pañuelo, jamás logro que llegue a su forma original.

Si no sé nada, ¿por qué escribo sobre eso? Bueno, simple observación, cero experiencia. Yo no sé nada, pero mi mamá estudia diseño de moda y pasa los días en su máquina de coser o en el piso cortando y obvio en la mesa de la plancha “pisando costuras”. Y pelea con la plancha, que da gusto. Ella culpa a la pobre plancha: es la peor plancha de todas, mancha las prendas y quema el chiffon (¿será la plancha el problema?). Aparte de eso, también la veo haciendo tremendos esfuerzos de ingeniería para lograr que algo tan plano como una tela se adapte a algo tan lleno de curvas cóncavas y convexas como los humanos *sin* dejar arrugas. Millones de pliegues, costuras y prenses con el único propósito de que, al usarla, la tela se adapte a nuestra figura.

Hasta aquí, todo tiene sentido. Pero cuando la prenda está terminada, lo primero que hacemos es ponerla en una mesa de plancha, tan plana como la misma tela que fue destrozada, con el propósito totalmente opuesto. Yo soy diseñadora industrial. El primer proyecto de la carrera era una

“geometrización”, concepto que ni Microsoft Word identifica pero que consiste en generar volúmenes y formas a partir de un material plano como el cartón paja. Es muy simple, son cortes rectos en el cartón que al unirlos forman maravillosos volúmenes rechonchos. Más o menos lo mismo que veo que mi mamá hace con la tela. Lo único es que uno no se mata formando una geometrización para aplastarla con una plancha. Así que no entiendo por qué sí es válido hacerlo con la ropa. Tal vez ese es de los pocos universos en el que a lo que se da volumen se aplanan como parte lógica del proceso.

La única explicación que se me ocurre es que quien se inventó la plancha no cosía. No pensaba en la gracia del volumen, sino en lo práctico de solo aplastar y doblar. Aunque ni tan práctico, porque vaya usted y acomode un pantalón sobre una mesa de planchar. Sabias eran las abuelas que se inventaron un doblez recto en la mitad de la bota para facilitar su labor, pero eso ya pasó de moda. No se me olvidan los ingeniosos inventores de televentas, el vapor a larga distancia también funciona, tanto como una tina caliente, pero vuelve redondas las forzosas costuras.

De ser coherentes con los hechos y las características de las prendas, las planchas deberían tener partes tanto curvas como planas. Planas, para “pisar las costuras” y curvas para respetar nuestras curvas y el sudor de la modista. Al final, no me culpen si me ven con las prendas arrugadas y con las costuras chuecas: no tengo quien me planche y quien se inventó la plancha no pensó que su lógica estaría lejos de ser la mía.

Alejandra Soler

Nacida en Villavicencio y adoptada por Cali desde 1990. Diseñadora industrial de profesión, (dedicada al desarrollo de empaques) y estudiante de innovación empresarial.